

JUANA SANCHO (LA PALPALA)

Son muy confusas las noticias que acerca de esta comedianta famosa he podido encontrar rebuscando viejos papeles y romances.

Lo único cierto es que *La Palpalá* fué una mujer de arrogante belleza, muy celebrada por su ingenio y por la distinción de sus maneras.

Carlos Andovales la supone nacida en 1675, y dice de ella que á los catorce años ya era el asombro de los corrales "por la flor de su adolescente gracia y el encanto de su voz que acariciaba el

chirichi), llamado así por lo insignificante de su estatura. *Pichirichi* se distinguió mucho componiendo autos sacramentales, y Lope habla de él con encomio. Los que atestiguan que Juana Sancho murió virgen y mártir, cuentan que, enamorada locamente del joven duque de Osuna, que era muy dado á los amores de la farándula, sufrió de éste tan tremendo desengaño que juró no "mirar á hombre jamás con intención pecaminosa". Así lo dice el bachiller Infundio, de Zamora.



oído como la música suave y lejana de un arpa pulsada por una mano de oro".

Pedro Trafullas, que la vió nacer en Sigüenza, de donde era natural Juana Sancho, asegura "que su lindo rostro tenía la transparencia del ámbar y los matices de la rosa". El testimonio de Trafullas, en cuanto á la fecha que señala por la del nacimiento de Juana Sancho, no es muy seguro por la razón de que este cronista, que murió siendo escribano de la chancillería de Valladolid, había perdido completamente la memoria dos años antes de que viniese al mundo *La Palpalá*.

El famoso autor de comedias Ramírez Loa, muy anterior al actor cómico de nuestros días Ruiloa, da por seguro que la Sancho vió la luz en Cadalso de los Vidrios, y no en Sigüenza, en 1703 el día del Corpus.

Hace más difícil la comprobación de dato tan importante el no saber dónde fué bautizada Juana Sancho ni si llegó siquiera á recibir el agua del bautismo, aunque es de suponer que sí.

La misma incertidumbre existe en otros extremos de su vida, pues mientras unos aseguran que fué casada, otros afirman que murió célibe y en olor de santidad, como algunas insignes comediantas de su tiempo.

Los primeros sostienen que contrajo matrimonio con el autor de comedias Alonso Corneja (*Pi-*

Juana Sancho fué en su época la comedianta más agasajada de la corte, pues no hubo fiestas reales ni representaciones del Retiro en que ella no tomara parte, con gran aplauso de todos, que tanto admiraban su donosura en el decir como su belleza y compostura.

La Palpalá fué autorizada por muchos ingenios para que representase sus comedias, lo que acabó de excitar la envidia y la cólera de Isabel Aldonza (*La Caramillo*), que por entonces era dueña y señora de los gustos del público.

Esta rivalidad entre las dos famosas comediantas fué avivada y sostenida por dos bandos acudillados, respectivamente, por el marqués de los Pocillos, dueño según se decía de los favores de Isabel, y el conde-duque de García Manzanares, admirador incondicional del arte de la Sancho, aunque sin interesados fines. El marqués de los Pocillos, que gozaba fama de discreto poeta, y sobre todo de epigramático, hizo en varias ocasiones blanco de sus sátiras á *La Palpalá*, como puede verse por el siguiente epigrama, que figura en la colección de papeles curiosos de D. Fadrique Tordesillas.

Casó con el buen Ginés
en la ciudad de Alcalá,
doncella de guardapiés
y virtud de ¡palpalá!



La alusión no podía ser más directa ni más mortificante.

La Sancho estrenó, entre otras comedias, *No hay razón en el pedir ni justicia en el no dar*, de Montalbán, y *Las andanzas del Gran turco*, escrita por ocho ó nueve ingenios, y de la que apenas se tienen noticias. Unicamente se sabe que en ella colaboraron Vélez de Guevara, Lope, Moreto y el propio Felipe IV, con el nombre de *Bachiller Orzuelo*.

En alabanza y elogio de Juana Sancho compuso Montalbán este romance:

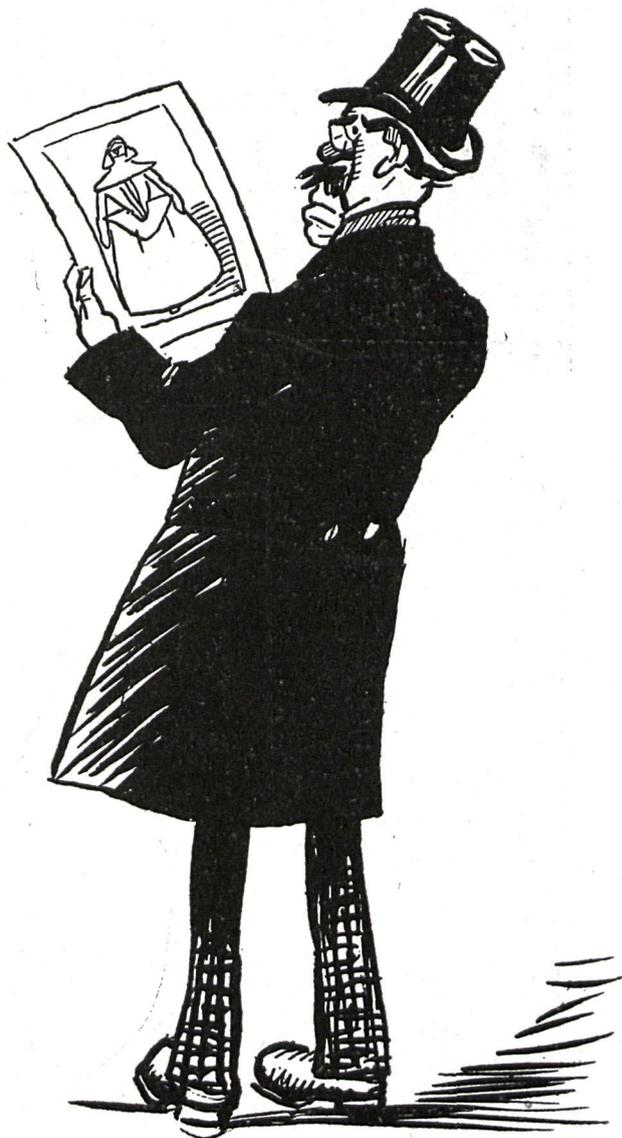
AL ESPEJO DE COMEDIAN TAS
(LA PALPALA)

Eres astro y eres luz,
eres miel y eres abeja,
eres cielo y eres sol,
eres luna, eres estrella,
eres Cloris, eres Filis,
eres Diana, eres Febea,
eres Psiquis, eres Cleo,
eres Laura y Galatea,
eres ámbar, eres espuma,
eres nácar, eres perla,
eres jacinto, geranio,
flor de almendro y de grosel
eres *Salus infirmorum*,
eres una musa griega,
eres la mar y los barcos,
eres la mar...imorena."

Y todavía sigue Montalbán celebrando sus gracias un ratito.

Vieja ya, á los setenta años, se retiró del teatro, muriendo á los pocos meses en un convento de la ciudad del Tormes, en olor de santidad, según unos, sin olor alguno, según otros, y renegando del día en que nació, cosa que aún no hemos podido poner en claro.

Por la humorada,
LUIS GABALDON.



INCENDIO DEL TEATRO ROSALIA CASTRO EN VIGO



Momento de desplomarse la techumbre del hermoso teatro.

Fot. Gil.

Un incendio violentísimo, cuyo origen se desconoce, destruyó en pocas horas, el martes de Carnaval por la mañana, el teatro Rosalía Castro, de Vigo, el mejor de Galicia indudablemente.

La historia del desaparecido coliseo es muy accidentada. A punto de terminarse su edificación, suspendiéronse los trabajos, y permaneció abandonado cerca de veinte años. En 1901 se inauguró por fin con una compañía de ópera, de la cual formaban parte María Galvany y Matilde de Lerma. Luego estuvo á punto de ser utilizado para almacén de tejidos, pero el inolvidable filántropo García Barbón lo evitó adquiriendo la propiedad del edificio.

UNA CANTANTE ILUSTRE



Doña Carolina Casanova de Cepeda.

En el Rosalía Castro han trabajado celebridades como María Guerrero, Italia Vitaliani y Mimí Aguglia. Ha fallecido en Madrid la ilustre profesora del Conservatorio doña Carolina Casanova de Cepeda.

Hace unos treinta años, Carolina Casanova paseaba su arte por los escenarios europeos. Eran aquellos tiempos en que Gayerre, el divino tenor español, rendía á los públicos, y ella, á su lado, no desmerecía un punto, ni el triunfo de aquel gigante del "bel canto" restaba esplendor á los suyos.

Del Ferrol era la finada, y de modesta costurera pasó en breve espacio á diva eminente, educada por su maestro y esposo el maestro Cepeda.

EL MONÓLOGO DEL COMPARSA

Esta noche he dejado de pertenecer á la compañía del teatro en que actué durante treinta años. Soy viejo, y mi edad ha puesto un abismo entre el arte dramático y un N. N. El cabo de comparsas me substituye por un muchacho de diez y nueve primaveras. Mis muchos otoños no me permitían llevar en palanquín á la Venus de una revista de gran espectáculo ó en litera al fingido rey de cualquier zarzuela.

Conmovido he besado la zurcida trusa y las repasadas mallas de algodón color de carne. No vestiré más la alegre ropa de guardarropía. Ya no seré guardia de Corps, ni mosquetero, ni alguacil, ni fraile, ni rey... ni Roque. Ya soy yo, que es lo menos que puedo ser.

Jamás cegará mis ojos la brillante luz de la batería. No volveré á entrar en palacios suntuosos ni en jardines versallescos; no asistiré á fiestas y bacanales; no formaré parte de séquitos brillantes, de ejércitos victoriosos.

La cota de malla, los toneletes, los cotetos, las chaquetillas de chispero, los chambergos, los casacones, los hábitos monacales, las dalmáticas... no ceñirán ya mi cuerpo, que queda condenado á cubrirse con pantalones remendados, chalecos desteñidos y americanas raídas. Las pelucas y greñas no tapanán la falta de pelo natural, y á mis orejas no les molestará el hilo que sujeta barbas y bigotes.

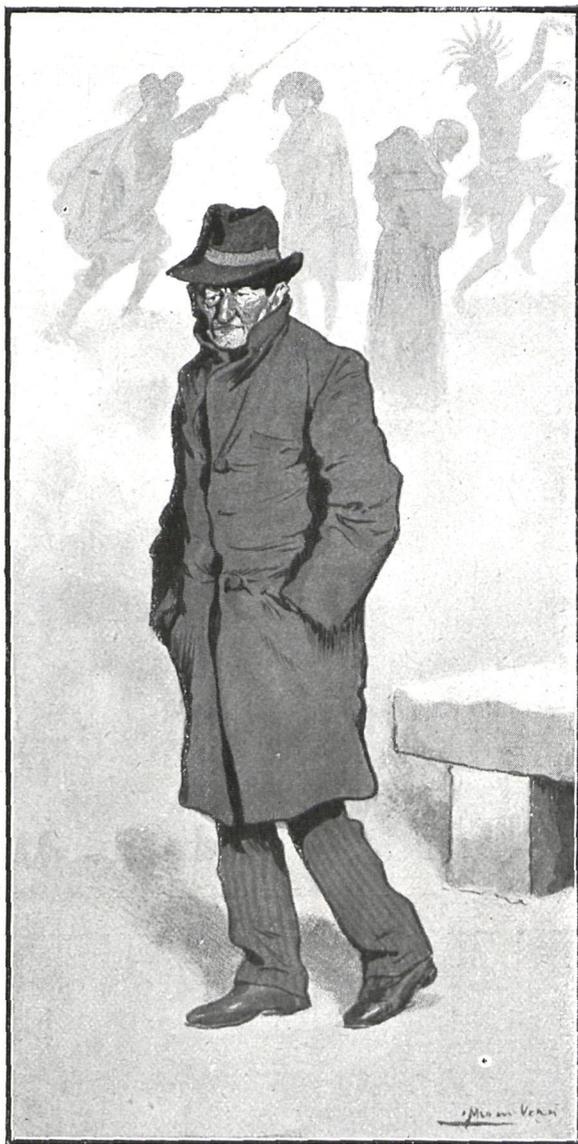
Nunca he sido vanidoso: lo mismo representaba el papel de un magnate que asiste á la recepción de su soberano, que, vestido de mendigo andrajoso, aguardaba la comida á la puerta del cuartel ó del convento. Con igual dignidad blandía el mandoble, que levantaba en alto la cuchara de palo.

Sin embargo, mi orgullo se resistía á engalanarse con las plumas y colorines del salvaje. Eran los únicos papeles que hacía á disgusto. Mi dignidad de hombre civilizado se resentía cuando al oír decir al traspunte: "¡Los salvajes á escena!", entraba en el escenario dando saltos de contento porque iba á merendarme á un europeo.

No he tenido nunca ideas políticas: mi profesión no me lo ha permitido. Unas veces he odiado á la aristocracia cuando formaba parte de las furias de la guillotina; otras, maldecía al pueblo al oírle rugir desde los salones de un príncipe. He arrastrado al clero por calles y plazas y he sido fraile perseguido. Como verdugo, he decapitado á un rey; como víctima, he subido muchas veces al cadalso.

¡Los vivos y muertas que habré dado en este mundo sin saber á quién ni por qué! He demostrado alegría estando triste y he llorado cuando estaba alegre. No he sido uno de tantos; esclavo de mi papel, sentía con mi personaje, pues no es menester hablar para sentir. Los seres mudos, los hombres á quien Dios privó del don de la palabra, aunque no hablan, sienten. Son como los comparsas de la vida... Y yo era como un mudo de la escena.

En algunas ocasiones he continuado mi papel fuera del teatro. Una noche hacía de cristiano en una obra, y al final, en un combate, debía triunfar del moro, mi enemigo; éste, más fuerte que yo, me tiró al suelo al tiempo que caía el telón. Le esperé al salir á la calle y le apostrofé; tomé



á risa mi provocación y me volvió la espalda. Comprendí que debía luchar y vencer y le insulté de nuevo, ofendí á su madre y... estuve dos meses en el hospital.

Cuando me curé, volví de nuevo al teatro; fui de nuevo rey, infante, general, obispo, majo... También he sido elemento; oculto en una lona pintada de azul, hacia de ola, y en un momento dado me tragaba un barquichuelo en el que iban el tenor, la tiple y el bajo.

También he pertenecido al reino animal: en una zarzuela fui los cuartos traseros de un elefante, y en un sainete los delanteros de un toro de seis años. He sido mono, caimán... y todo por dos reales. ¡Por dos tristes reales! Los veinte que cobré de la última decena, me los he gastado en un hábito de fraile de la orden franciscana, con el que muchas veces he salido á escena. No quise robarlo y he tenido ocasión para ello; pero me repugna ser ladrón... aunque lo he sido muchas veces, ¡y con la aprobación del público!

Con este hábito quiero que me amortajen. El que saqué muchas veces en la farsa ha de acompañarme en la única realidad. Me vestirán de lo que no fui; pasaré al otro mundo haciendo de comparsa...

MIGUEL RAMOS CARRION.

DEBIDO D. M. DINA VERA

ESTRENO EN APOLO DE "JUEGOS MALABARES."



Penúltima escena de la aplaudida obra de D. Miguel Echegaray y el maestro Vives.

Fots. Alba.



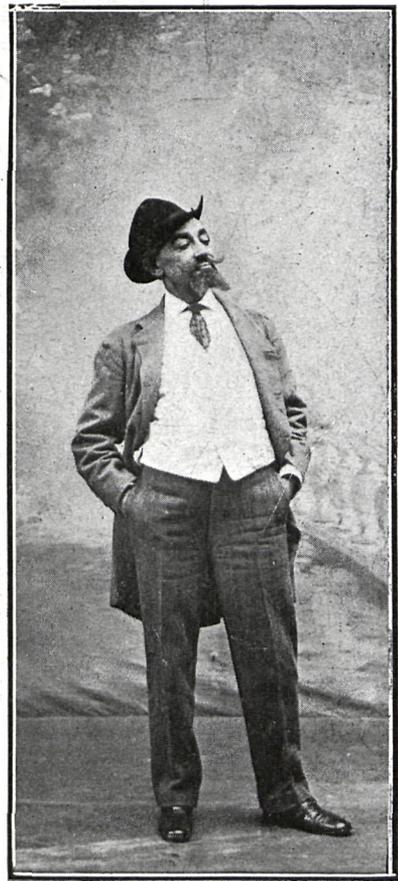
Escena final de la obra. De izquierda a derecha: Sres. Ruiz de Arana, Manzano, Srta. Palou, Sr. Mesejo y Srta. Mayendía.



D. José Mesejo.



Consuelo Mayendía.



Ruiz de Arana.

Juegos malabares" es una zarzuela que durará mucho en el cartel de Apolo. Contribuyen á su buen éxito la agradable y bella música de Vives, la experiencia que tiene de los recursos escénicos el autor de la letra, D. Miguel Echeagaray, y la deliciosa interpretación que da á su papel de ingenua, en camino de dejar de serlo, Consuelo Mayendía, que cada vez afirma más su personalidad en el escenario de Apolo.

Se trata en esta zarzuela de una compañía ambulante de circo, cuyo director tiene amedrentados á los artistas hasta que le pone á ra-



Geishas y odaliscas.

Fots. James.

ya otro más fuerte y osado que él, y entonces, como es uso en estos lances de valientes que han hallado la horma de su zapato, todos se le atreven, hasta el malabarista, que temblaba antes en presencia del forzado empresario. Tiene la obra bailables y escenas de espectáculo, situaciones cómicas y hasta tal cual nota sentimental, como la del viejo clown, que ya difícilmente acierta á arrancar aplausos con sus gracias veteranas. Pero lo principal es la ingenua, la hija del clown, que quiere dedicarse á artista de circo y descubre maravillosas aptitudes.



MI TEATRILLO

II

A los pocos días recibí la siguiente carta, que conservo como si guardara el más preciado tesoro:

"Sr. D. Tomás Luceño.

"Muy señor mío: el sainete de usted me ha parecido sumamente aceptable y á propósito para inaugurar la próxima temporada; podemos hacerlo después de "El socorro de los mantos", obra del teatro antiguo, con que empezaremos. Venga-se por acá y hablaremos del reparto.

"De usted afectísimo,

"Julián Romea.

"Abril de 1868."

Leer la carta, *ponérseme carne de gallina*, saltárseme las lágrimas, echarme á reír, llorar de nuevo, reírme otra vez, salir á la calle para enseñar la acrta á mis amigos que se reunían en el café del Iris y mirar con desprecio á las más altas instituciones de mi país, todo fué obra de un instante.

Llegó la noche—que *por cierto* tardó muchísimo en llegar;—me dirigí al teatro—que *por cierto* aquella noche estaba más lejos que nunca;—entré, y en la manera como me saludaron los dependientes de la Contaduría, comprendí que todo el *campo era orégano* y que mi asunto marchaba como las *propias rosas*.

Porque has de saber—lector de mis simpatías—que yo conozco el aprecio en que me tienen las personas á quienes visito, por el recibimiento que me hacen los niños y los criados de la casa. Cuando éstos, después de abrirme la puerta, me responden con grosería y aquellos sacan la lengua al verme y se resisten á mis caricias, digo para mí: "en esta casa no pueden verme ni pintado"; pero,

lo repito, en la citada oficina á nadie le vi la lengua ni ninguno me saludó groseramente; al contrario, más de cuatro se acercaron á mí, uno por uno, para decirme:

—D. Julián le aguarda á usted.

—D. Julián le está esperando.

—D. Julián, que en cuanto usted venga *se vea* con él.

—D. Julián, que no se vaya usted sin hablarle.

¡María Santísima de mi corazón y qué dichoso fui entonces! ¡Cuántas sonrisas de gratitud repartí; cuántos apretones de manos prodigué, y cuántas necedades dije para echárme.as de gracioso!

Al cabo de algunos segundos *me vi con D. Julián* y con D. Joaquín Arjona.

Aquella noche hacían *Por derecho de conquista*, obra en que trabajaban—causando verdadero deleite en el público—Matilde Díez. y Manuel Catalina. Arjona y Romea estaban demás. No es esto decir que sobrarian, sino que no tomaban parte en la citada comedia, por cuya razón pudimos los tres hacer con toda comodidad el reparto de mi sainetillo.

Romea.—Este papel de Macareno lo haré yo.

Arjona.—Entonces dame á mí el de ese señor filósofo que aconseja á Gorito, papel que puede interpretar muy bien Juan Catalina.

Romea.—Y el del gallego, Mariano Fernández; la Javiera, Clotilde Lombía; la Pintosilla, Elisa Boldún; la Figueras, Pepita Hijosa...

—Pero en un sainete—les interrumpí,—¿van á trabajar ustedes y además las primeras actrices de la compañía, siendo los papeles tan cortos?

Romea.—La importancia de los papeles no se mide por las dimensiones; por otra parte, los sai-

netes-tienen que ser muy bien representados, porque, como carecen de argumento y todo el mérito de ellos está en la pintura exacta de los tipos, si el actor encargado de la ejecución de uno de éstos no lo hace á la perfección, el sainete decae y concluye por aburrir al auditorio. El sainete, amigo mío, es un género puramente español y no debe ser tratado con desprecio; antes bien, es digno de que se le guarde toda clase de respetos y de atenciones.

Me levanté del asiento, abracé á D. Julián, y le dije:

—¡Bendita sea la madre que *ha tenido la bondad* de darle á luz! ¡Ahí es nada, trabajar en un sainete mío los primeros actores del mundo!

¡Buena diferencia existe entre aquello y lo que ocurre ahora!

¡Cualquier autor (no siendo el colosal Benavente y los envidiables Quintero) se atreve á solicitar que trabajen en sus sainetes las primeras partes de una compañía!

—Voy á traerle á usted un sainete que he escrito para este teatro—le dije anoche á un empresario muy simpático y muy formal, porque paga á todos religiosamente, aunque pierda, al revés de lo que hacen otros que no pagan á nadie aunque ganen.

—Será muy bien recibido—me respondió;—pero no cuente usted para el reparto con los primeros actores de la compañía, porque se niegan en absoluto á trabajar en los sainetes. Tampoco exija usted decoración nueva, porque ya comprenderá que no constituyendo función el sainete, no es cosa de que en él me gaste los cuartos.

—La acción del mío pasa en una tienda de comestibles, y siquiera un teloncito con algunos quesos de bola y varias latas de pimientos me pintará usted.

—¡Imposible...! Ahí tengo un telón de selva corta que pudiera usted aprovechar. Varíe usted el lugar de la acción y haga que lo que sucede en la tienda, pase en la selva.

—Lo consultaré con la almohada—repliqué.

Lo consulté, en efecto, y la almohada me dijo que me estaba bien empleado, por querer dedicarme á cultivar un género español, en vez de consagrar todas mis energías á traducir obras y á darlas por originales.

Voy estando algo pesadito, ¿verdad? Pues no tengas cuidado, querido lector, verás que pronto le doy un *bajonazo* al artículo y concluyo.

El caso fué que hicimos el reparto y que, desgraciadamente, la historia de mis *¿Cuántas, calentitas, cuántas?* no pasó de aquí.

El gran Romea, inmortal para el arte, no lo fué para la vida de la materia; agravado en su enfermedad, marchó á los baños de Loeches, falleciendo apenas llegó (10 de Agosto de 1868).

Yo entonces era muy supersticioso y tomé la muerte de Romea como fatal augurio para el éxito de mi obra. En mi poder la he tenido y al fin he resuelto entregársela á la eminente actriz Carmen Cobeña, quien, si á estas fechas no la ha estrenado, tardará poco en hacerlo. De modo que regularmente concluirá mi *pálida* carrera de sainetero, estrenando, después de cuarenta y dos años, el primer sainete que escribí.

En el capítulo siguiente hablaré de *Cuadros ai fresco*, aunque no será mucho, porque cuanto me ocurrió con motivo de este sainete, lo he contado en repetidas ocasiones. Y así continuaré hasta llegar á *La comedianta famosa*, del que tengo que contar mucho y muy sabroso.

TOMAS LUCEÑO.

Taquígrafo del Senado y sainetero cesante.

